

En Defensa del Criollo

Por MANUEL JOSE FORERO

de la Biblioteca Nacional de Colombia

A Jorge Basadre.

Con viva extrañeza oyeron los hidalgos castellanos posteriores a 1492 las narraciones minuciosas con que algunos viajeros llegados de Indias daban cuenta de la opulencia suma de las tierras del occidente.

Desde el momento mismo en que volvió Cristóbal Colón con algunos de sus primeros acompañantes a las viejas ciudades españolas, se difundieron entre sus gentes las noticias más desconcertantes acerca del Nuevo Mundo. Todo aquél que quiso ponderar las misteriosas maravillas encontradas más allá de las aguas de Gibraltar se vió rodeado por centenares de oyentes, ansiosos y estupefactos.

Ya se tratara del marino humilde, ya del labrador antiguo de Extremadura, ya del inquieto sevillano, para todos hubo en la España de fines del siglo XV un silencio expectante. Lo que sus ojos habían visto nadie lo había soñado; y las cosas que estuvieron a su alcance nunca fueron sospechadas siquiera por los alquimistas ni los doctos.

Quien pronunciaba la frase mágica: *Indias Occidentales*, anunciaba entonces a Europa la existencia de islas incógnitas para la geografía de los latinos y de los cristianos de la edad media; y revelaba la presencia de muchos millares de seres humanos, desconocidos hasta entonces por los profesores de las más ilustres universidades europeas.

Los intrépidos compañeros de los Pinzones competían con estos famosos navegantes en alabar la multiplicidad botánica de las Indias, en describir su fauna, en exaltar los tesoros de sus grandes montañas y el magno caudal de sus ríos. Y cada expedición llevó a España noticias cada vez menos comprensibles, como si la América multiplicara sus hechizos a medida que los hombres avanzaran a lo largo de sus caminos polvorientos.

La simple enumeración de los puntos geográficos dejaba estupefactos a los peninsulares de principios del siglo XVI, que no acertaban a explicarse cómo habían podido surgir ciudades y multiplicarse aldeas en aquellas regiones inaccesibles a donde solo pudo llegar el Almirante, gracias al poderío de

los Reyes Católicos. ¿De dónde habían salido los indios? ¿Procedían acaso de algún país maravilloso del Asia? ¿Brotaron quizás de la misma tierra que ahora los sustentaba?

Tan graves preguntas atormentaban a los hombres sencillos, pasaban de un juez a un eclesiástico, de un oidor a un prelado, de una aldeana a una dama de corte, de un filósofo a un príncipe. Y entretanto el ir y venir de los galeones puso de presente a los ojos de la civilización latina el panorama espléndido de un continente rico en toda suerte de bienes.

Sobre la América circularon al principio informaciones vagas y confusas; luego corrieron versiones contradictorias; más adelante se difundieron afirmaciones definitivas e incontrastables. Cada viajero describió el Nuevo Mundo según su concepto personal y moral, y cada uno quiso acuñar su fisonomía como el artífice fija las líneas sobre el noble metal.

Acerca del hombre americano fueron incontables las definiciones. Para un expedicionario resultó más cercano al bruto que al racional; para otro significó una rara combinación de caracteres humanos y de tendencias intelectuales inferiores; para un tercero fué tan digno de lástima como apto para la servidumbre.

Con todo, sacudían de pronto a los filósofos y jurisconsultos de España y de Francia, de los Países Bajos y de Italia, ciertos valiosos testimonios. No carecían de razón los indios, puesto que sustentaban nacionalidades definidas; no estaban privados de habilidad ya que los muros prodigiosos del Cuzco y de Tenochtitlán enaltecían los conceptos del arte americano; no estaban desposeídos de la luz suprema puesto que adoraban a Dios en sus obras mayores, o lo veneraban en las manifestaciones visibles de su poder.

Bien sabemos que los indios americanos cayeron en olvido y menosprecio, no obstante, mientras se concretaba en el Nuevo Mundo la personalidad del *criollo*.

* * *

Pero el *criollo* tuvo contradictores desde el primer instante de su aparición en la escena social.

Los engolados mandatarios, en cuyas manos depositó el rey la autoridad necesaria para gobernar en los dominios ultramarinos, vieron con desconfianza la presencia de un vigoroso núcleo de hombres vinculado igualmente a España, por razón de la sangre, y a las Indias Occidentales, por razón del nacimiento.

No podría valer lo mismo para el magistrado (según las ideas de su generación y de su tiempo), el individuo nacido en Valladolid o en Toledo, que el oriundo de Santafé o de Lima. Quien hubiese llegado al mundo bajo el signo de la Cruz del Sur no resultó para el peninsular idéntico a sus inmediatos antepasados.

Sobre lo cual nos dice el Padre Maestro Juan Meléndez en la página tocante a los elementos étnicos americanos del siglo XVII: "El Reino del Perú,

y las demás provincias de las Indias, por lo general se componen de tres naciones: indios, españoles y negros. Los indios son originarios y naturales primitivos de aquella región; los españoles y negros, forasteros y advenedizos. De estas tres naciones se compone todo el gentío de aquellas provincias, aunque no es igual el número de individuos de todas en todas partes, porque en unas hay más indios que españoles, y en otras más, y en otras menos negros. Las provincias de los llanos en las ciudades y pueblos de españoles tienen más negros que indios, y las de arriba extendidas por las sierras más indios que negros, por no ser tan necesarios allá respecto de haber suficiente con los indios para la labor de los campos, que es la causa de haber en lo de abajo tantos negros; porque no hay español que se aplique al ejercicio de cavar y arar la tierra, y así se valen los dueños de tierras de negros esclavos, que en general lo son todos, menos algunos que se han sabido ingeniar y se libertan pagándoles a sus amos el precio que les costaron; y otros que por haber servido con fidelidad y amor los hacen los dueños libres”.

Y continúa en el mismo capítulo el insigne escritor peruano de los días coloniales: “Estas son las tres naciones de que se puebla el Perú, de las cuales entre sí rara vez se juntan en matrimonio; y si sucede casarse algunos blancos con indias, o con negras, si se averiguan bien sus principios se conoce fácilmente que el que tal hace o no es español, sino de otra nación de las blancas de Europa que acaso pasó a las Indias con título de español, o si lo es, es un hombre de tan bajas obligaciones que el mismo casamiento que hizo en Indias con una negra lo hiciera con una berberisca sin vergüenza en España. Con que los ordinarios matrimonios son de indios con indias, de españoles con españolas, y de negros con negras, buscando cada cual su semejante, en que ponen gran cuidado, especialmente los indios y españoles, procurando no mezclarse por medio del sacramento del matrimonio con gente de otra nación, deseando que su sangre corra pura, sin mezcla de otra ninguna por toda su descendencia.

“De donde nace que el indio siempre es y ha sido indio, el español español, y el negro negro; de manera que los hijos que nacen de un matrimonio de españoles o de otra junta ilícita, aunque nazcan en las Indias no por eso se llaman indios sino que conservan con la sangre y el origen el título de españoles en tanto grado, que allá no se conoce otra voz que la del español para significar sin diferencia al que es nacido en España de españoles, o al que de ellos nació en las mismas Indias. Y no solamente eso, sino que el que nació en España, si en el Perú se sabe o entiende que es hijo de un francés o de otro padre que no sea español originario por ambas líneas paterna y materna, nunca lo llamamos español sino francés o alemán, o lo que ha sido su origen.

“Lo cual es necesarísimo decirlo así, porque de otra manera fuera todo confusión y no nos entenderíamos; porque si todos los que nacemos allá nos llamásemos indios, ¿qué diferencia hubiera entre indios originarios, y los hijos de los españoles y de los negros? Con que es forzoso al indio llamarle indio, al hijo de españoles español, y al hijo de negros negro”.

Es perceptible la emoción del ilustre fray Juan Meléndez en las líneas anteriores. Su clara inteligencia le demuestra cómo llegará a graves extremos la ingrata costumbre de diferenciar la calidad de los españoles, según hubiesen nacido en Europa o en América.

Se diría entonces el renombrado escritor: ¿Dado que subsista este fenómeno durante el gobierno de muchos monarcas españoles, no llegarán a registrarse dificultades cuantiosas entre los primeros y los segundos? ¿No saldrán de allí el día de mañana profundas contiendas políticas?

Ningún vasallo creyó jamás que los días de la dominación hispana en Indias estaban contados. Todas las cosas contribuían a inspirar un sentimiento de eternidad en los cortesanos y en los súbditos. Pero un tratadista de la magnitud del Padre Meléndez no dejaría de sospechar mudanzas considerables y vastas, a través de las transformaciones sociales americanas.

Es perceptible en la obra del escritor peruano el permanente sentido analítico. No ignoraba la historia del mundo. Por esa razón no podía ignorar la posibilidad de la evolución en los pueblos dominados por el cetro castellano.

¿Un criollo diestro y apto se doblegaría en el futuro, al hallarse delante de un peninsular inferior a su conocimiento de la tierra y del hombre?

En el Virreinato de Santafé tenemos una reflexión análoga, que fué consignada por el religioso Joaquín de Finestrada en su obra "*El vasallo instruido*": "Aunque los americanos y españoles son hijos de un padre, vasallos de un rey, raíces de un tronco, y miembros de una nación, no dejan éstos de ser forasteros y peregrinos de este Reino".

El testimonio acabado de citar tiene significado muy notable, puesto que su autor fué uno de los más férvidos defensores del absolutismo español en los azares de la revolución de los Comuneros, en 1781.

* * *

Tienen sabor singularísimo para los americanos de hoy los juicios y apreciaciones de los escritores españoles acerca de los criollos, y —en general— de los indios.

La palabra de aquellos concretaba multitud de opiniones y aún de prejuicios acerca de los hombres del Nuevo Mundo.

Es interesantísimo el párrafo trazado por Miguel de Cervantes Saavedra en "*El celoso extremeño*" cuando alude a los pobladores de Indias: "... Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aún no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad (de Sevilla) se acogían, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (a quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos".

Y en la comedia de Calderón de la Barca, intitulada "*Guárdate del agua mansa*", hay otra referencia pertinente, cuando registra el sobresalto de Don Toribio al ver entrar a la extravagante dueña Mari-Nuño:

"¡Ay, señor tío! ¿Qué es ésto?
 ¿Trajisteis este animal
 De las Indias? Que no creo
 Que es hombre ni mujer, y habla!..."

* * *

El celeberrimo Benito Jerónimo Feijóo, nacido en 1675 y muerto en 1764, se ocupa de los criollos en forma plausible, y aprovecha tan galana oportunidad para referirse a uno de los más destacados escritores peruanos de la época.

Alude a estos puntos en el tomo cuarto del "*Teatro crítico universal*", edición matritense de 1777.

En el capítulo titulado *Espanoles Americanos* menciona la opinión vulgar de que a los criollos se les nubla con mayor prontitud la lumbre del entendimiento, con el transcurso de los años, pues también la razón despierta en ellos con mayor presteza que en los peninsulares.

Esta preocupación social es una de las muchas conocidas entonces a propósito de los habitantes de ultramar.

¿Por qué habrían de alcanzar los criollos el uso de la razón antes que sus iguales en Europa? Y además: ¿por qué habrían de perderlo antes que los peninsulares?

Sobre ello escribió entonces las siguientes reflexiones:

"... Un caballero de ilustre sangre, de alta discreción, de superior juicio, de inviolable veracidad y de una erudición verdaderamente portentosa en todo género de noticias, me avisó que esta opinión común debía comprenderse entre los errores comunes, proponiéndome tan concluyentes pruebas contra ella, que si añadido algunas de mi reflexión, noticia y lectura, será, no porque aquellas no sobren para el desengaño, sino para dar alguna extensión al presente discurso, en el cual pretendo desterrar una opinión tan injuriosa a tantos españoles (algunos de alto mérito), que la transmigración de sus padres o abuelos hizo nacer debajo del cielo americano.

"Ciertamente que esta materia da motivo para admirar la facilidad con que se introducen los errores populares y la tenacidad con que se mantienen, aun cuando son contrarios a las luces más evidentes. Que en un rincón del mundo, cual es el que yo habito, y otros semejantes, donde apenas se ve jamás un español nacido en la América, reine la opinión de que en estos se anticipa la decrepitez a la edad decrepita, no hay que extrañar; pero que en la corte misma, donde se ven y han visto siempre, desde casi dos siglos a esta parte, criollos que en la edad septuagenaria han mantenido cabal el juicio, subsista

el mismo engaño, es cosa de grande admiración. En este asunto no cabe otra cosa que la experiencia. Está ésta abiertamente declarada contra la común opinión, como se verá luego en los ejemplares que alegraré, eligiendo algunos más insignes, y omitiendo muchos más que han llegado a mi noticia y no lo gran igual lugar en la estimación pública”.

Feijóo relata las excelencias de algunos varones a quienes la España de su tiempo aclamaba, ora por sus talentos y virtudes, ora por su dignidad y distinción. En este desfile menciona al arzobispo de Santiago, fray Antonio de Monroy; al consejero de hacienda, don José de los Ríos; al exPresidente de Panamá, Marqués de Villarrocha; al virrey de México, Marqués de Casafuerte; al capitán general de la real armada, don Pedro Corvete; y, finalmente, al insigne peruano Don Pedro de Peralta y Barnuevo.

Se percibe el pasmo del polígrafo cuando traza el perfil de este criollo excelente: “En Lima reside don Pedro de Peralta y Barnuevo, catedrático de prima de matemáticas, ingeniero y cosmógrafo mayor de aquél Reino, sujeto de quien no se puede hablar sin admiración, porque apenas (ni aún apenas), se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores talentos y erudición. Sabe con perfección ocho lenguas, y en todas ocho versifica con notable elegancia.

“Tengo un librito, que poco ha compuso, describiendo las honras del señor Duque de Parma, que se hicieron en Lima. Está bellamente escrito, y hay en él varios versos suyos harto buenos en latín, italiano y español. Es profundo matemático, en cuya facultad o facultades logra altos créditos entre los eruditos de otras naciones, pues ha merecido que la Academia Real de las Ciencias, de París, estampase en su Historia algunas observaciones de eclipses, que ha remitido; y el Padre Luis Feville, doctísimo Mínimo, y miembro de aquella Academia, en su *Diario* que imprimió en tres tomos en cuarto, le celebra mucho.

“Lo mismo hace Monsieur Frazier, ingeniero francés, en su Viaje impreso.

“Es historiador consumado, tanto en lo antiguo como en lo moderno, de modo que sin recurrir a más libros que los que tiene impresos en la biblioteca de su memoria, satisface prontamente a cuantas preguntas se le hacen en materia de historia. Sabe con perfección (aquella de que el presente estado de estas facultades es capaz), la filosofía, la química, la botánica, la anatomía y la medicina. Tiene hoy 68 años, o algo más. En esta edad ejerce con sumo acierto no solo los empleos que hemos dicho arriba, mas también el de contador de cuentas y particiones de la Real Audiencia, y demás tribunales de la ciudad; a que añade la ocupación de presidente de una academia de matemáticas y elocuencia, que formó a sus expensas.

“Una erudición tan vasta es acompañada de una crítica exquisita, de un juicio exactísimo, de una agilidad y claridad en concebir y explicarse, admirables. Todo este cúmulo de dotes excelentes resplandecen, y tienen perfecto uso en la edad casi septuagenaria de este esclarecido criollo”.

No se contenta el autor del Teatro Crítico Universal con lo expuesto acerca del poeta laureado de Lima. Más adelante concluye: “Echando los

ojos por los hombres eruditos que ha tenido nuestra España de dos siglos a esta parte, no encuentro alguno de igual universalidad a la de Don Pedro Peralta, de quien se habló arriba. Puse la limitación *de dos siglos a esta parte*, para exceptuar a qué Fernando de Córdoba de quien damos noticia en el Discurso sobre las glorias de España...”.

* * *

Si el criollo soportó el golpe de sus detractores y contendientes, no anduvo desafortunado en cuanto a la calidad de sus defensores. Diariamente necesitaban estos acudir a la palestra, porque la lumbre de cada amanecer multiplicaba los tiros de la ignorancia o de la simple maledicencia. Al fin y a la postre, correspondió a los mismos criollos hacerse justicia.

Y ella quedó visible para la posteridad en las normas constitucionales de las nuevas sociedades políticas americanas; y exaltada para tiempos futuros en el amor infinito de los ciudadanos por los bienes que surgen de la libertad y del derecho.

Manuel José FORERO.

Bogotá, Agosto de 1947.

